

habia cobrado aficion en Valladolid, por su mucha travesura y valentía.

¡Oh genio de Saldaña,  
Honra y amparo dulce de mi pluma!

Tal vez hirió en mis ojos  
La lumbré de tu rostro, afectos tiernos  
Te rendí por despojos;  
Ojalá pueda en mármoles eternos  
Tallar nuestros trasuntos:  
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.

*Sombra y amor me ofreces;*  
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra,  
Al paso que tú creces,  
En esperanzas y verdores medra,  
Antes que rama abrace,  
El pié besa del tronco donde nace.

---

## CAPITULO X.

Vuelta de Alarcon á México.—Va en su compañía  
Mateo Aleman.

1608

Con la partida de su maestro no veía RUIZ DE ALARCON la hora de embarcarse para América. Buscó la certificacion de sus grados salamanquinos, que en virtud de poder habia solicitado y conseguido se le librase en la ciudad del Tórmes, á 26 de Julio del año pasado de 1606; (91) despidió pedir á la Audiencia testimonio de cómo habia ejercido con crédito la abogacía, y comenzó á impacientarse por las contrariedades que le iban dificultando tomar pronto la vuelta de Nueva España. El hombre pone y Dios dispone.

La armada holandesa, en número de veintiocho velas, mandada por Jacques Hecmskerke, vino á la barra de Gibraltar con designio de que-

mar en el Estrecho la española, compuesta de diez navíos, que tenia por general á D. Juan Alvarez de Avilés, y por Almirante al capitán Aguilar. Acometiéronse ambas sañudamente, miércoles por la tarde 25 de Abril de 1607; los generales de una y otra escuadra murieron en la refriega; pero quedaron vencedores los holandeses, habiendo deshecho casi todos nuestros buques y cogido quinientos de nuestros soldados. Desnudaron á estos infelices, los ataron de piés y manos y los arrojaron al mar bárbaramente. A duras penas pudimos componer despues los navíos *San Cristóbal*, *San Pedro*, el *Dragon* y la fragata *Santa Ana*, quemados todos los demás. Y gracias al conde del Castellar, D. Gaspar Juan Arias de Saavedra, el primero de los señores de Andalucía que se metió en Gibraltar con ciento treinta soldados vasallos y deudos, que no vino á poder del enemigo la preciosa llave de España. (92)

Entónces conoció el gobierno de Madrid que urgía entablar en el Haya negociaciones para la paz, ajustando una tregua de doce años, la cual no llegó á firmarse hasta 9 de Abril de 1609.

Entretanto, y al comenzar el año de 1608, Felipe III hizo aprestar gran número de bajeles con intento de perseguir á corsarios y piratas, y encomendó la faccion al Marqués de Santa Cruz,

capitan general de las galeras de Nápoles. Quien, llamando á sí las de Sicilia, España, Portugal, Génova, y parte de la armada del Océano, barrió los mares, aunque por entónces no pudimos, sino dos años despues, apoderarnos del africano puerto de Larache.

Las buenas noticias que se recibian de las negociaciones en Holanda, y la paz que ajustamos con Inglaterra, muy contradicha en carta dirigida á Felipe III, en 27 de Enero de este año de 1608, por el venerable Patriarca de Alejandria y arzobispo de Valencia, D. Juan de Rivera, dejaron expedita la navegacion del Atlántico. (93)

Sevilla era, pues, toda júbilo y animacion al reir la primavera, carenándose y armándose los galeones que habian de traer la plata de Indias, con ánimo de estar ya de vuelta para Setiembre; embarcándose más allá en la escuadra del emporio indico Oriental cinco mil soldados, los cuales habian de reforzar nuestros presidios lusitanos de Ormus, Calicut y Goa, poner freno á los holandeses, que de aquí adelante se darian á mejor partido. (94)

Un lunes, 31 de Marzo, los navíos capaces y veleros de la flota de Nueva España, bien marinados y enjarcados, zarparon de la Torre del Oro, comandándolos el general D. Lope Diez de

Auz y Armendáriz (que ya habia ejercido con felicidad el mismo cargo en 1606) y el Almirante Juan Flores de Ravanal. (95) En la comedia de *El Semejante á sí mismo*, consagró ALARCON afectuoso recuerdo al marino intrépido y afable:

Quando al viento dan las velas  
 La ligera pesadumbre,  
 Sobre su popa el heróico  
 General Don Lope, lustre  
 De Diez, Aux y Armendárez,  
 La cruz y el pecho descubre;  
 Aquel á quien juzgan todos,  
 Por sus hechos y costumbres,  
 Digno que en cargos más graves  
 Nuestro santo rey le ocupe,  
 Pues tantas veces del mar  
 Sujetó las inquietudes,  
 Y ha hecho que flotas llenas  
 De plata á España tribute. (96)

Detuviéronse los galeones en Sanlúcar, por ser contrario el viento; púdose al fin vencer la barra; y al tiempo que el sol se ponía, juéves 3 de Abril de 1608, llegaron á Cádiz, haciendo parada allí treinta y seis horas. Durante ellas fué ALARCON obsequiadísimo huésped de uno de los bravos justadores en el inolvidable torneo de Alfarache, esperándole tan buen amigo para tomar juntos el derrotero de Nueva España. Llegado el

Sábado, cuando del alba  
 Las negras reliquias huyen,  
 Y en el Oriente se bordan  
 De rubí y oro las cumbres,  
 Da fuego la capitana:  
 A una pieza, cuya lumbré  
 Sale entre el humo y centellas  
 Como entre rayos y nubes.  
 ¡Leva! respondieron todos:  
 Todos á embarcarse acuden;  
 Y la arenosa ribera  
 De gente al punto se cubre.  
 Allí acudimos tambien;  
 Cada cual saltando sube  
 En los caballos marinos  
 Que el mar con remos discurren.

A las diez sonó otra pieza de leva; amigos y criados que habian ido á saludar y despedir á los viajeros y se quedaban en tierra, desocuparon las naves, y la flota se comenzó á abrir por la bahía majestuoso camino. (97)

Hizo la salva el castillo de San Felipe, y ALARCON vió irse poco á poco hundiendo en el mar las torres del alcázar, la de la iglesia mayor, y en seguida Rota, Chipiona, la punta de Sanlúcar y las costas y sierras españolas. Saludólas ternisimamente, y sin angustiarse por las borrascas y peligros del Océano, se entregó á la risueña

esperanza de contemplar, despues de tan larga ausencia, los muros patrios de la gran México, espanto del nuevo mundo y rival de la gran Venecia en el antiguo. Ni podia ir melancólico é imaginativo, estánd en compañía del revoltoso Hernando de Castro, alias *Don Tal, príncipe de Para-cual la Baja*; del camarada Salamancaqueso de los años 1604 y 1605, Brincian Diez Cruzate, que llevaba resolucion de abogar en la Real Audiencia de Nueva España; (98) y sobre todo, oyendo y tratando de cerca, en la intimidad de un bajel, que amansa los genios más acedos y duros, al insigne sevillano Mateo Aleman, el autor de *El pícaro Guzman de Alfarache*. (99)

Frisaba éste en los sesenta y cinco años, mayor que Cervántes, y mozo como él en los brios; rostro aguileño, cabello corto, espeso, crespo, entrecano y levantado por delante; la frente despejada y espaciosa; ojos tristes y severos, nariz corva, grandes la boca y bigotes, la perilla harto pequeña; el cuerpo derecho y galan. Vestia jubon bien cortado, de labrada tela de colores, cuello y puños escarolados, terciando con garbo la capa. (100) Navegaba como criado de S. M., y muy provisto de libros, sin olvidar el escudo de sus armas, las cuales consistian en el águila negra, alemana, de dos cabezas, soportando un

escudete, donde campeaba el leon de Castilla. El escritor habia tomado por empresa la venenosa araña que desde un árbol se descuelga sobre la cabeza de dormida serpiente, indicando el lema latino que no hay prudencia bastante á contrarestar continuas asechanzas. (101) Durante la navegacion entreteníase en concluir y retocar su excelente discurso de la *Ortografia castellana*, que «por no tenerlo acabado cuando me dispuse á pasar á estas partes (de Nueva España), no lo pude imprimir; y porque, como el que viene de otras extrañas, tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que, cuando acá llegase, manifestar las prendas de mi voluntad. Y entre otras, elegi sola ésta, que me pareció á propósito en tal ocasion, para que por ella se publicase á el mundo que de tierra nueva, de ayer conquistada, sale nueva y verdadera manera de bien escribir para todas las naciones. Recibe agora, pues, oh ilustre ciudad generosa, este alegre y venturoso peregrino, á quien su buena fortuna trujo á manos de tu clemencia.» (102) Con efecto, de allí á un año, y no ántes, por haber estado Aleman gravemente enfermo, se imprimia el libro en México con el retrato del autor, su dedicatoria al presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, y otra á la ciudad de las lagunas. Sin razon, pues, censura á D. Nicolás

Antonio el Sr. Aribau, calificando de conjetura harto liviana la de haber pasado el anciano Mateo Aleman á tan apartadas riberas. (103)

¡Suerte la de ALARCON en tener casi siempre al lado suyo espíritus de tamaña valía!

En una semana arribaron á la Gran Canaria, dejando y tomando pasajeros; y es verosímil que aprovechase nuestro mexicano la oportunidad de conocer ó saludar entónces á su pariente, del mismo nombre y apellido, el regidor de la ciudad de las Palmas Juan Ruiz de Alarcon, muy práctico en cosas de mar y guerra, que tanto sobresalió el viérnes 6 de Octubre de 1595 en la defensa de la isla, acometida por veintiocho galeones y navíos ingleses al mando del temible Draque. (104)

Prosiguiendo la derrota, invirtieron veinticinco dias en llegar á la tan verdaderamente isla Deseada, en la cual se provayeron de leña y agua, viendo partir con rumbo á la Nueva Andalucía y Venezuela muchos de los navíos que iban en conserva de la flota. Aparecióseles á barlovento Santa Cruz; alcanzaron despues á San Juan de Puerto Rico; en el de Ocoa, de la isla Española, tomaron refresco; y en el cabo de Tiburón se despidieron de los buques fletados para Honduras y Guatémala. Entre Cuba y Jamaica pusieronles miedo los Jardines de la Reina, misero sepulcro de infi-

nitias naves y pasajeros, y no se les quitó la zozobra á los más tímidos ni aun teniendo á la vista la Isla de Pinos y los cabos de Corrientes y de San Anton, á los veinte dias despues que saludaron la Deseada. Ya no les faltaban sino ocho ó nueve de encierro en el caballo de madera, y doscientas cincuenta leguas de travesía por la más breve de las costas boreales de Yucatan, para mirar con gozo irse poco á poco levantando de entre las ondas el tan suspirado castillo de San Juan de Ulúa.

En tanto, procuraban divertir el trabajo del mar nuestros cuatro camaradas, refiriendo historias ingeniosas y llevando la imaginacion á otros lugares y tiempos más seguros. (105)

Mateo Aleman calificaba de madrastra para él á Sevilla; pero reconociendo que «se han levantado ingenios nacidos y cultivados en ella, que van poniendo los hombros en sus escritos contra la tropa de las impropiedades que se nos iban introduciendo.» (106) Doliase de que á los españoles se nos dé poco por aquello que no trae dineros á casa, y de que suframos por ellos en ella lo que no se debiera. (107) No estaba bien con hallar siempre juntos entre nosotros ignorancia y ceguera. «Figúranseme los ignorantes (decia) á los animales brutos que suelen ir en estos navíos: que si por algun caso los hombres

que vienen dentro perecen, ellos quedan solos; más aunque tengan dentro bastimentos y el navio esté bien pertrechado de jarcía, velas, timon, aguja, con todo lo más necesario para poder tomar puerto, se pierden sin llegar á él.» Reíase de ver á un necio caballero sobre su necedad. (108) Gustaba mucho de la música, y decia que solo el asno la aborrece, y que por eso es asno. (109) Llevaba á mal que en materia de letras falten las amistades entre los hombres. (110) Hacia coro á los maleantes compañeros de navegacion en burlarse de ver ocupadas siempre las secretarias del Despacho por vizcainos, con lo cual se iba descoyuntando la lengua castellana; y referia esta carta de un ministro á sus padres: «Padre señor, yo bueno estás, carta escribo, madre la leas, hierro no vendes, nadie lo quieres, Dios que te guarde.» (111) Y para él, sin duda alguna, era de más precio oír á los de la vida libre su jerigonza, y á los rústicos del condado de Niebla llamar paternidad al marqués, reverencia al rey, señoranza al cardenal, y jurar á un escribano: «Por esta sofricanza de cruz, que es jecha de güeso y carne, que les dierra no sé qué por saber *latigar* y *destruir* los latines como ellos.» (112) En fin, grata debió ser para los viajeros la discreta conversacion del anciano, y mucho más cuando pintaba cómo ha-

biendo perdido la castellana lengua su caudal propio con la destruccion de las Españas, fuéle forzoso, como á bizarro pirata, salir en corso á buscar la vida, ganando por la guerra lo que perdió en ella, desbalijando al hēbreo, griego y latino, sin perdonar al árabe, con lo cual quedó una de las más elegantes, galana, graciosa y grave de cuantas conocemos. Tan sabrosas pláticas entretuvieron el viaje, hasta que los marineros gritaron ¡tierra! ¡tierra! y se llegó al puerto deseado. (113)